

HORA DRAMÁTICA

Tras el Golpe Militar

16 de septiembre de 1973

Amados hijos:

En una hora dramática para Chile, los Obispos de la Iglesia Católica hemos hablado a nuestro pueblo. Lo hicimos como lo dijéramos el día de nuestra Madre, la Virgen del Carmen, “por ser fieles a Cristo y a nuestra patria, porque no representamos ninguna posición política, ningún interés de grupo. Sólo nos mueve el bienestar de Chile”.

Lo hicimos también acongojados, porque nuestros insistentes llamados a la paz, a la concordia, al diálogo, que antes del 10 de septiembre habíamos hecho oír, no habían sido aceptados. Lo hicimos temerosos de “que el rencor y el odio envenenen el alma nacional y hagan muy difícil la reconstrucción”, por todos anhelada, de nuestra patria. Pero al mismo tiempo queremos declarar, con nuestros hermanos de otros Credos Cristianos, que los nobles propósitos expresados por las autoridades actuales de “restablecimiento de la normalidad institucional, de paz y de unidad entre todos los chilenos; las declaraciones que aseveran el respeto a las conquistas legítimas de los trabajadores, los llamados a la cooperación patriótica y a la solidaridad, las decisiones de superar el sectarismo y la afirmación de que no se trata de aplastar tendencias o corrientes ideológicas, ni de venganzas personales, merecen nuestro pleno apoyo”.

En nuestra declaración hemos solicitado que “confiando en el patriotismo y en el desinterés que han expresado los que han asumido la difícil tarea de restaurar el orden institucional y la vida económica del país, tan gravemente alterados, pedimos a los chilenos que, dadas las actuales circunstancias, cooperen a llevar a cabo esta tarea. Y sobre todo, con humildad y con fervor, pedimos a Dios que los ayude”.

Queridos hermanos: No tenemos otro anhelo que encarnar, en medio de vosotros, a Cristo, el Señor; no deseamos sino ser fiel eco de aquél que dijo: “Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os maltratan. Lo que queráis que los hombres os hagan hacédselos vosotros igualmente... haced el bien y prestad sin esperar nada en cambio, y seréis hijos del Altísimo porque El es bueno con los ingratos y los perversos...

El ideal de amor, que quisiéramos vivir en plenitud y hacerlo vivir a nuestro alrededor, exige sacrificios, luchas y superaciones no fáciles de aceptar y emprender. Pero sólo ese ideal realmente aceptado y realizado puede construir un mundo mejor, más humano y más justo.

Sólo ese ideal, encarnado en nuestro Chile, lo hará recuperar su verdadero rostro, y hará renacer entre nosotros el calor del hogar, los lazos de la familia, de la fraternidad que tanto anhelamos. Deseamos ardientemente destruir el odio para evitar que el odio mate el alma de Chile.

Vuestro Pastor sólo quiere servir a todos, y muy especialmente a los pobres, a los humildes, a los que sufren. Si logra enjugar una lágrima, mitigar un dolor, aunque esto sea a costa de grandes incomprensiones, se sentirá feliz. Sólo quiere amar y servir; humildemente pide para esta su actitud, comprensión y respeto.

Que la Madre de Jesucristo y Madre de Chile nos obtenga de El la justicia y la paz. Que el Señor ilumine con su gracia a nuestros gobernantes, para que cuanto antes consigan, como lo han expresado, que la normalidad institucional se restablezca y todos los chilenos nos sintamos verdaderamente hermanos.

RAÚL SILVA HENRÍQUEZ

Cardenal Arzobispo de Santiago

Santiago, 16 de Septiembre de 1973.